

El Descubrimiento de un Símbolo

por Sebastián Salazar Bondy

Hace cuarenta y siete años, un día como hoy, Hiram Bingham descubrió la ciudadela de Machu Picchu. La efemérides para muchos no tiene importancia. Aquel hecho no fue un suceso que afectara la vida inmediata de nadie, excepto la de los especialistas. Y, sin embargo, a la larga, como todos los sucesos que son trascendentales, que crecen en el tiempo, aquel 24 de julio de 1911 será el punto de partida de toda una actitud espiritual del Perú hacia sí mismo, hacia su historia y su sentido. Aquello ocurrirá el día en que establezcamos el vínculo que anuda definitivamente el presente al pasado, haciendo patente en nuestra conciencia la continuidad del país, su realidad unitaria de ayer y de hoy. Bajo la floresta que cubría la montaña, donde los antiguos moradores de la patria elevaron ese cántico pétreo, se ocultaba un signo de nuestra verdad, un símbolo de pujanza y de fe en las creaciones humanas.

Por ahora, para la inmensa mayoría de los peruanos —y de los americanos—, Machu Picchu es cosa muerta. Está muerta dentro de los hombres. Nuestros turistas zarpan a buscar las maravillas del arte en ultramar, porque el alma la tienen en ultramar, e ignoran que a pocas horas de vuelo está una obra maestra, armoniosa y rotunda, que entraña todavía, puesto que no ha habido muchos que se interesaran en deve-

larlos, innumerables mensajes de vigencia permanente. Abrirán muy justamente la boca, admirados, ante los restos griegos, ante las ruinas latinas, ante las catedrales medioevales y los palacios renacentistas. Se quedarán pasmados frente a Versa-



Hiram Bingham

lles y paralizados de estupor contemplando los rígidos edificios de la ciudad moderna. Todo ello, sin saber que, en punto a poder creador arquitectónico, Machu Picchu es autónomo, peculiar, único.

Claro que ese monumento fue obra de indígenas, y esto es lo que a esas mayorías parece mortificar. Obra, sí, de los mismos que hoy soportan pacientemente tantos y tantos vejámenes, y que por culpa nuestra son una rémora —y, también, no hay que olvidarlo

una potencia latente— social y económica. Para la tubular concepción del mundo de los peruanos de hoy, de los peruanos de la ciudad costefa principalmente, sólo es valioso aquello que obedece a las normas y las preceptivas de Occidente. No es lógico, no es coherente, por supuesto, que rindan culto a ciertas portaditas barrocas, y desconozcan o desprecien esa inmensa, esa invencible mole de piedra que toca el cielo surgiendo de la tierra selvática que baña el resonante Urubamba.

Y ahí está la ciudadela incaica, en su paisaje de múltiple verdor, librada ya de la cobertura de maleza que la hurtó tanto tiempo a la luz solar, a la que celebraba, esperando no la visita displicente del turista arrastrado por los mercaderes del viaje, sino el ojo penetrante del que la interroga en pos de su enigma, en una suerte de peregrinación religiosa. Bien sabemos que, no obstante las desganadas previsiones oficiales, poco o nada se hace para que se conserve tal como fue descubierta y para que a ella puedan acudir los que aspiran a verla con la misma o con mayor devoción con que otros se marchan a Madrid, a Roma, a París, a buscar la ejecutoria de su cultura, los antecedentes de su ser.

Porque el rastacuerismo llega al extremo de revolver papeles de viejos archivos hispánicos en busca del escudito aristocrático, omitiendo de ese afán por determinar su esencia personal y nacional la indagación por la otra fuente, la misteriosa de los antepasados indios, los que construyeron Machu Picchu como afirmación tajante de que dominaban la tierra, de que recreaban la naturaleza, de que eran, en el buen sentido de la palabra, nobles.

Hace cuarentisiete años el profesor Bingham, conducido por un aborigen, llegó hasta lo que sólo era una impenetrable breña y desbrozándola halló esas formas equilibradas, esas geometrías lisas, esas líneas y esos volúmenes compuestos en un orden magistral, conjunto que revela la sabiduría de un artista iluminado y la habilidad de innumerables artesanos hábiles. Que demuestra, en suma, que antes de que Occidente llegara a estas latitudes, la cultura —el espíritu, en verdad— llamaba en el fervor de un pueblo del cual apenas conocemos un rostro borroso, lejano, vaguísimo, que algún día tendremos que ver nitidamente dentro de nosotros mismos, sus descendientes.